

JAVIER TAFUR GONZÁLEZ

JOVITA
VIOLACIÓN DE DOMICILIO

EDICIONES LA SÍLABA
COLECCIÓN DUENDERÍAS

PERSONAJES

(Por orden de aparición)

Jovita	Reina eterna de Cali
Doña Elvia	Esposa de don Orlando
La tía Bertha	Hermana de doña Elvia
Damaris	Hija mayor de la familia Manrique
Rubí	Hija menor
Rita	Condíscipula de Damaris
Marlene	Condíscipula de Damaris
Flor Aída	Condíscipula de Rubí
Padre Correa	Párroco de la Santísima Trinidad
Orfilia	Empleada de la parroquia
Médico del puesto de salud	
Enfermera del puesto de salud	
Héctor Fabio Fernández	Inspector
Don Orlando	Esposo de doña Elvia y padre de las niñas.

La acción se desarrolla en Cali.

(En el fondo se ven los Cerros de las Tres Cruces y Cristo Rey, en la pared occidental del escenario).

* ***

ARGUMENTO

Jovita, motivada por el deseo de conseguir su casita, expresa sus sueños; se arregla y sale a pedirle ayuda al sacerdote de la parroquia; conviene con éste la redacción de una carta que entregará a un concejal de Palmira, esperanzada en conmoerlo y ganarlo para su causa; mientras tanto en la casa de la Familia Manrique, donde vive Jovita en una pieza alquilada, las niñas han querido satisfacer su curiosidad y la de varias de sus amiguitas, entrando allá, violando su intimidad y, dándose a su juegos infantiles utilizan sus prendas sin consideración alguna, lo cual produce en su ánimo, una desolación de infinita vulnerabilidad que arranca de su corazón dolorosas expresiones de amargura.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

MONÓLOGO DE JOVITA

(Una habitación humilde en la que hay una cama de madera, un nochero y una silla mecedora vienesa; en la pared occidental, un cuadro del Sagrado Corazón de Jesús y otro de la Virgen del Carmen. Frente a la cama, un viejo tocador vienés compuesto de tres cajones y un espejo, ante el cual Jovita se está arreglando. Se ven arrumes de paquetes contra todas las paredes; un fogoncito de carbón a la entrada de la habitación. Jovita tiene un vestido camisero azul claro, de manga corta; la falda cae a los tobillos; correa, zapatos y cartera morados; lleva collares, zarcillos fucsias; boina gris, con una larga pluma tornasolada; y un bouquet de gardenias en el pecho).

Cómo anhelo tener mi casita,
un techo propio
donde encontrar refugio;
¡tantos años mudando
y cambiando sin encontrar
reposo!.

Hasta las humildes aves
encuentran donde hacer
sus nidos, pero yo no;
siempre de casa en casa
sin encontrar morada;
de casa ajena en casa ajena;

inquilina de todas las piezas.

Cómo anhelo tener mi casita,
un techo propio
donde encontrar refugio;
¡y no como una gitana
en el camioncito de don Guillermo
con todos mis trebejos
y cachivaches!.

Voy llevando mis trastos
de aquí, para allí;
de acá, para allá;
de allá, para acullá,
siempre cambiando.

Voy llevando mis carteras,
mis pavas y sombreros;
mis vestidos, mis zapatos;
todos mis collares,
mis pañoletas
y mis chales.

Eso sí: puedo ser
una mujer errante,

pero no olvido mis devociones:
nunca dejo, por nada,
mi virgen del Carmen,
mi Sagrado Corazón,
mis álbumes viejos,
mis postales, mis recortes
y periódicos.

¡Ay! como una golondrina,
vuelo sobre mi tierra:
de Cali al Bolo;
del Bolo a Palmira;
de Palmira a Buga,
vuelo, vuelo...
Y hasta Cartago voy;
voy y regreso
buscando mi deseo.

Veo este hermoso valle,
estos hermosos ríos,
estas ceibas, chamburos y samanes,
estos guásimos, estos chiminangos,
estos hermosísimos guaduales,
estos cultivos y paisajes,
como una mujer errante;

como una golondrina
vuelo y revuelo,
voy y vuelvo,
pero, ¿por qué no
tengo alero?

Alzo vuelo, atravieso el valle;
voy y vengo:
bellas tierras, bella región,
pero duros corazones
que no tienen perdón.
¿Por qué no tengo techo?

Llevo y traigo mis cosas
sin tener donde guardarlas,
donde conservar
y lucir mis coronas.

Soy la golondrina,
soy la gitana,
la mujer errante,
la engañada, la burlada;
pero aseguro
que tendré
mi morada:

mis coronas en una vitrina;
mis ropas en armarios;
y seré compensada
por la ayuda divina
y el poder de mis escapularios.

¡Ay! Cuántas veces
he temido desfallecer,
y aun agonizando
vuelvo a renacer.
Se equivocan los que creen
que soy una débil mujer,
que estoy senil.

Estoy llena de sueños
y una voz interior
me habla y me guía;
me pone alas,
guía mis pasos
que flotan sobre estas
bellas calles caleñas.

Sufro, pero el Justo Juez
me dará la casa del Virrey,
o Pardo Llada

conseguirá en la colecta,
la plata pa la casita...

Hasta las humildes aves
encuentran donde hacer
sus nidos, pero yo no;
siempre
de pieza en pieza,
sin encontrar siquiera
una pobre morada.

(Jovita va a la cama, se sienta. Cambia de tono; se hace trascendental poco a poco)

¿Con qué puedo calmar
este sufrimiento
de volar y volar,
sino teniendo dónde llegar?

¿Cuándo podré escuchar
la grata frase esperada:
“Esta es su casa”?

Algo hace que excite
a la gente con mi manera de ser,

pero no logro mover
sus corazones.

Desde que canta el ruiseñor
en los árboles del barrio,
ya estoy preparándome para salir
a buscar mi casita.

¿Cuándo acabará esta angustia,
cuándo este tormento?

No lo logran mi voluntad
y mi esfuerzo,
tampoco mis ruegos,
ni mis oraciones...

¡Qué la bendición de Dios
y la ayuda del padre Correa
me sean propicias este día!

¡Que antes de que el sol
se ponga, tenga al menos
una buena noticia,
y pueda volver a cantar
con alegría!

(Piadosa). Virgencita, Madre del Rey del Universo, mírame a mi,
desposeída;
intercede por mi;
sólo te pido,
“casa limpia en que albergar;
humilde, pero cierta.
¿Por qué te demoras tanto
en me la dar?

(Intreriorizándose)

¿Por qué con tantos colores
que tiene la creación,
últimamente los días
para mi se han vuelto grises?

Voy a la Catedral,
a Santa Rosa,
a San Nicolás,
a la iglesia de la Santísima Trinidad,
a la capilla de San Antonio;
he encendido tantas velas
y veladoras, como estrellas,
pero mis súplicas,
no son oídas,

y mis presentimientos
son oscuros.

¿Hoy estaré alegre?
¿Tendré la buena nueva?

(Reaccionando)

Pondré de mi parte;
saldré a buscar mi destino,
por estas calles
que diariamente persigo.

Volveré a cantar
como en los días de "Piquito",
cuando cantar,
me hacía feliz
y querida por la gente
que me oía.

Aunque no se me ha metido
la tristeza, cierto es que ahora
la alegría es más esquiva
y a veces mi alma
llora sin motivo.

(Se para)

Camino y camino,
corro y recorro
las calles,
pero ahora caigo en cuenta
de que hace días
no me paro a contemplar
los bambúes, ni el río,
ni voy a la galería
por mis flores.

(Se acerca al cuadro de la Virgen del Carmen)

Parece que me habitara
la angustia.
¡Ayúdame, virgencita ante Él ,
que es el Rey del Universo!...
Que se apiade
de esta pobre viandante
desahuciada de su casa.

(Triste). ¿Por qué la pena
se hace tan lenta,

y las bendiciones
tan esquivas y tan parcas
a los creyentes sinceros?

(Se arrodilla cabizbaja y el pelo entrecano le cubre la cara)

Pondré de mi parte...
Me reconfortaré en las calles;
llevaré mi optimismo
al sol,
y no me detendrá la lluvia,
y menos la tristeza,
que no es mía.

Si no hoy, mañana
traeré las margaritas
de La Alameda;
traeré hortensias,
y blancas azucenas
Será una casita blanca...
Le pondré dos cerraduras
y una falleba adentro;
para que quede segura.

¿En qué página

del Libro de los Hechos
está escrito?

Y, ¿cuál es el día?

Yo pongo de mi parte;
hay que estar atenta,
y atenta vivo yo,
desde la hora temprana
en que canta el cucarachero,
a las cuatro de la mañana.

(Se pone nerviosa)

¿Será que alguien
me hace brujería?
¡En esas cosas
yo no creo!
Los buenos espíritus
me protegen:
mi Sagrado Corazón,
mi Virgen del Carmen,
mis medallas
y escapularios.

(Se serena y toma un aire soñador)

Miro adelante
donde se juntan las ilusiones
y los sueños;
la luz de cada día
es mi esperanza.

(Vuelve hacerse piadosa y trascendental)

¡Ay! vida,
dame de consuelo
una posada,
donde descansar mis pies
fatigados de tantos viajes.

¡Ay! vida,
ayúda a mis "Escudos",
que también
son hombres de bien,
y no son malos ni mezquinos.

¿Hay algo en mi
que me haga indigna?
¿Alguna culpa, algún olvido?

(Retomando confianza)

Pondré de mi parte...

“El que algo quiere

algo le cuesta”;

no será por piedad

sino por diligencia...

“Ayúdame, que yo te ayudaré”.

Este será un bonito día,

aunque en días bellos

también sorprenden

las tormentas.

¡Adelante, Jovita!

No tenerla no me hace infeliz,

y buscarla anima

mi existencia.

Que el corazón amoroso

del Señor, me entusiasme

y me impulse

me dé claridad y me dé fuerzas;

y, sino la consigo,

que reencarne en golondrina

para tener alero y nido.

(Animada y con determinación).

Pero, ¿quién pone
condiciones a Dios?
No conozco las escrituras,
pero no me son ajenas
las leyes naturales.

No pido compasión
sino entusiasmo,
alegría en la búsqueda.

No es espejismo;
por eso me digo llena de fe:
“No es esperanza vana;
si hoy no es, talvez mañana”.

(Desafiante y decidida).

Que se burlen de mi,
que digan que es locura
esta búsqueda sin término,
que para todos es lo mismo;

yo prosigo sin amargura
y la conseguiré al fin.

*(Se da un toque final de polvos en la cara, se acomoda las gardenias en el
pecho y sale de la habitación).*

Jovita: ¡Me voy para Cartago!

ESCENA SEGUNDA

DIALOGO DE LAS MANRIQUE

(Doña Elvia y la Tía Bertha conversan sentadas ante la mesa del comedor, sobre la cual hay varios cortes de tela, moldes, reglas y tijeras, tubinos de hilo, metro, tiza, alfiletero).

Tía Bertha: Perfumada y pispireta nuestra dama; esa no tiene remedio.

Doña Elvia: Hay que reconocer que es persistente; otra ya se habría dado por vencida.

Tía Bertha: (Remedándola) Para eso tiene sus "Escudos" que la ayudan en sus "Causas".

Doña Elvia: No te burles que "esas", no son bobadas.

Tía Bertha: Pasaran a ser "hazañas". Se echó todo el frasco del perfume.

Doña Elvia: Sale a hacer sus "gestiones", y hasta el cubano Pardo le está ayudando.

Tía Bertha: Y la francesa "ésa", Madane Marion (*pronuncia el nombre de una manera afectada*); también el portero del "América", Marco Tulio Villalobos.... Yo ya

sé toda esa historia; conozco el “elenco” y el “embeleco”.

Doña Elvia: El padre Correa, de la iglesia de la Santísima Trinidad; el padre Hurtado Gálvez, de la Catedral; y...

Tía Bertha: *(Interrumpiendo)* Sí, sí... Ya lo sé; pero iba como un espantapájaros; ¿no?.

Doña Elvia: No, Bertha; ¿cómo vas a decir eso? Puede que no te guste, pero, lo que es a ella, le luce.

Tía Bertha: Bueno, a decir verdad, lo tengo que admitir..., pero yo no me pondría, ni por un segundo, ninguno de esos trapos pasados de moda que le regalan los ricos. Es perder la dignidad; el amor propio. El ridículo maniquí de los roperos viejos.

Doña Elvia: ¿Cómo vas a decir eso? ¿No ves que son sus amigas? Si le regalan todos esos vestidos finos, es por que a ella le gustan. Los traen de Europa y de los Estados Unidos; de todos esos viajes que hacen los ricos alrededor del mundo.

- Tía Bertha: ¿Qué es ese cuento que se va para Cartago a ver si le dan la Casa del Virrey? ¡Locuras!
- Doña Elvia: Como ella viene de linaje, y ha sido reina, uno no sabe muchas cosas... Tiene un misterioso pasado; una leyenda.
- Tía Bertha: Pendejadas, Elvia. Tanta majadería, me da rabia.
- Doña Elvia: Hay que respetar...
- Tía Bertha: No me trago ese cuento; está deschavetada; loca.
- Doña Elvia: Hasta los estudiantes la ayudan.
- Tía Bertha: Para burlarse; nada más, porque los estudiantes se mofan, se burlan y se ríen de ella. ¿Ud. cree que yo me voy a convertir en un "hazmerreír" de unos mozalbetes? No, no hija; no me crea tan caída del zarzo. Le maman gallo.
- Doña Elvia: No es burla, fijate le trajeron flores; la gente la quiere. le dicen piropos y frases hermosas. No todo es burla. La gente tiene con ella sus detalles: la invitan a las emisoras, a los radioteatros;

monta gratis en los buses; la dejan entrar a los teatros, al estadio, a la plaza de toros; la dejan entrar a los clubes, y cada diciembre es la reina de la feria; “Reina de reinas...”, porque cada año eligen una nueva, en cambio Jovita es la reina desde que empezó la feria de la caña de azúcar en Cali.

Tía Bertha: Sí, sí, pero porque es un “personaje típico”; y ¿qué es la loca de pueblo, sino un personaje típico?

Doña Elvia: Ni tan de pueblo, porque sale en las fotos con los presidentes: con mi General Rojas Pinilla; con Guillermo Valencia; con Carlos Lleras Restrepo, con María Felix, y con Mario Moreno “Cantinflas”; que esos no se meten con cualquiera.

Tía Bertha: Ella tiene su “vainita en la cabeza”, y hasta un pasado, porque la gente cuenta que...

Doña Bertha: Bertha, ¡Por Dios! Eso es la gente por provocarla.

Tía Bertha: “Desde que el río suena es porque piedras lleva”;
a propósito...

Doña Elvia: No te voy a seguir el cuento; yo la respeto. Me parece que es una vida curiosa, llena de afanes. y volandera; pero por algo ha sido reina; por algo se roza con tantos personajes prominentes, y hasta la reciben figuras de la farándula y atildados presidentes.

Tía Bertha: ¡Bah! Yo no me la aguanto. A otro perro con ese hueso.

ESCENA TERCERA

LLEGADA DE LAS NIÑAS

(Timbran. Entran Damaris y Rubí, y con ellas tres amigas. Visten faldas debajo de la rodilla, de color azul a cuadros; blusas blancas, de mangas al codo; medias tobilleras; cabellos naturales. Las amigas de Damaris: Rita: pelo negro, liso, a los hombros, con capul y suelto; Marlene: cabello ondulado y cola de caballo, con bamba. Flor Aída:, de piel trigueña y pelo crespo, con un peine. Damaris: caballeo largo, suelto y con diadema; y Rubí, amonada y blanca; de ojos claros, tiene un gancho de flores)

Doña Elvia: ¡Hola, niñas!

Las niñas: Hola.

Tía Bertha: ¿Cómo les fue?

Las niñas: Bien.

Doña Elvia: ¿Cómo ha seguido tu mamá?

Rita: Mejor.

Doña Elvia: Me la saludas.

Damaris: Y, ¿Jovita?

Tía Bertha: No sienten el perfume de violetas. (*Imita sus ademanes; su paso rápido, pero corto, cortico*).

Damaris: Sí, si siente, ¿no les dije? (*Les comenta con picardía a sus amigas*).

Doña Elvia: ¿Quieren tomar el “algo”?

Damaris: No; vamos a la habitación (*Invita a sus amigas*)

Rubí: Yo sí, mamá.

ESCENA CUARTA

HABITACION DE LAS NIÑAS

(Dos camas, dos nocheros, un asiento, una cómoda. Las niñas sentadas en las camas)

Damaris: Les cuento que habla más enredado.

Rita: Contáanos.

Damaris: Habla como si estuviera ausente; tiene una parla rarísima.

Rita: Pero, ¿qué dice?

Damaris: Las palabras le salen como mariposas, y siempre está pensando por delante. Mucha labia.

Marlene: No te entiendo.

Damaris: Como si estuviera hablando sola.

Rubí: Mi hermana se burla de ella.

Damaris: Lo que digo es, que no es normal, como las demás personas; de todo opina, de todo comenta y una no la entiende.

Rubí: Y eso, ¿qué importa? Toda la gente es así.

Damaris: *(Con un gesto altivo)*. Lo que pasa es que vos no alcanzas a comprender, todavía estas muy culicagada.

Rita: Pero contá.

Rubí: No entendés, vos, y te la venís a dar de grande.

Damaris: Tiene un tonito mandón y es muy enredada; y vieran la habitación: llena de mechas, chuspas, paquetes y periódicos, hasta bacinilla tiene.

Flor Aída: Veámosla *(Expectante)*.

Rubí: No.

Damaris. ¡Tan miedosa! ¿No te digo?

Rubí: No es miedo; es que ella es muy reservada, y a mi papá no le gustaría.

Damaris: Él no se va a dar cuenta; al menos que vos le contés.

Rubí: Yo no voy a contar; pero yo no me meto en eso.

Rita: No podés decir nada.

Flor Aída: Vamos a ver.

Damaris: Si le llegas a decir, vas a ver lo que te pasa.

Rubí: Ve, ésta.

Rita: ¿Vamos?

Rubí: No me parece, ella es muy decente; se molestará.

Flor Aída: Vení, no seas pendeja.

(Damaris se levanta con sigilo, entreabre la puerta y dice:)

Damaris: Voy a ver si encuentro la llave de repuesto *(Sale)*.

Rubí: Jovita todo lo nota. Es muy ordenada.

Rita: ¿Y no dice tu hermana que esa pieza es un reblujo?
¿Salen alacranes?.

Rubí: Nada de éso; cada cosa está en su sitio. No es una bruja, es muy devota. Rezandera.

Flor Aída: ¿Quién entra?

Marlene: ¿Cómo huele? ¿Mal?

Rubí: A perfumenes.

Rita: A perfumes (*La corrige*).

Marlene: Los viejos huelen feo.

Rita: A viejo.

Marlene: Ellos se orinan, como mi abuelita.

Flor Aída: Mi abuelita, también.

Rubí: Doña Jovita, es limpia.

Rita: ¿Y no dizque se va a bañar al río? Si se va a bañar al río Cali, tiene que venir peor; a ese río le cae mucha caca...

Flor Aída: ¡Qué asco!

Rita: Marlene, asomáte a ver si viene Damaris.

Rubí: No vayan a hacer éso.

Flor Aída: Vení.

Rubí: Va ser para problemas.

Rita: Nadie se va a dar cuenta.

Rubí: Ella se da cuenta.

ACTO SEGUNDO

EN EL DESPACHO PARROQUIAL

(Un escritorio de madera, una silla de madera con brazos; y al frente dos asientos sencillos de madera. El padre Correa está sentado detrás del escritorio y Jovita, en diagonal. A las espaldas del sacerdote, el decorado pinta una ventana protegida por una persiana).

Jovita: Iba para Cartago, pero preferí venir a exponerle mis motivos.

Padre Correa: Bienvenida, Jovita; usted sabe cuánto la apreciamos en nuestra parroquia.

Jovita: Yo no vine a oírle a usted decir esas cosas, sino para que me de una ayuda concreta.

Padre Correa: A ver pues...; diga usted; ¿en qué puedo servirle?

Jovita: Usted sabe, Padre, que los concejales de Palmira son unos zamacucos, ausentistas; que cuando voy a visitarlos, no los encuentro; y que, cuando pido las citas y me las dan, no me las cumplen.

Padre Correa: ¿De qué se trata?

Jovita: Usté sabe, Padre, a qué me estoy refiriendo: a mi casita. Usté sabe que hay planes de vivienda popular que esta impulsando el Presidente Lleras.

Padre Correa: Sí, Jovita.

Jovita: Yo estoy inscrita, ¿y qué? ¿De qué me sirve si eso nunca se mueve? Sólo se mueve para los que tienen influencia política. Yo ya hablé con el Gobernador, y él me dijo que me iba a ayudar; pero eso se quedó en eso; sólo palabras.

Padre Correa: Hay que tener fé.

Jovita: La tengo, pero no me basta.

Padre Correa: En la próxima reunión de Junta de Acción Comunal, a la que el señor gobernador dijo que iba a venir, yo se lo recuerdo.

Jovita: Gracias Padre; pero lo que yo quiero, ahora, es que usté me dé una carta para hablar con ese concejal Velosa, que fue alumno suyo.

Padre Correa: ¿Velosa?

Jovita: Me acuerdo por los velos...

Padre Correa: No, velosa, no; Mendoza.

Jovita: Éso, Mendaz; por las mentiras...

Padre Correa: ¿Qué quiere que le diga?

Jovita: Una carta bien detallada, como esas que usted le ayuda a escribir a la gente... No es que yo no la sepa escribir, que usted conoce bien mis pastorales, sino que quiero que tenga su estilo; "de tu a tu"; que así hay que hablarles para que no la subestimen a una.

Padre Correa: ¿Qué quiere que le diga?

Jovita: Bien detallada.

(Entra Orfilia, la empleada de la casa parroquial, negra mayor, de modales amables y educados).

Orfilia: Hola, Jovita.

Jovita: Hola.

Orfilia: ¿Quiere un tintico?.

Jovita: Bueno mí'ja; no es mucho lo que me gusta a estas horas, pero ya por el detalle.

Orfilia: ¿Usté padre?

Padre Correa: Gracias, sí; y con un vasito de agua.

Jovita: A mi también con agua, porque si no me da agriera.

Orfilia: Bueno, Jovita.

(Sale)

Jovita: ¿En que íbamos padre?

Padre Correa: En lo de la carta.

Jovita: Bien detalladita, donde usté hable de las dificultades que he tenido para que me den la

Casa del Virrey, en Cartago; que no he hecho sino vivir de pieza en pieza; que voy de un lugar a otro como una gitana...

Padre Correa: Sí, Jovita.

Jovita: Pero no lo ponga tan duro, que se ofendan los gitanos; y que tampoco se incomoden las personas que me han alquilado las piezas; que, para qué, pero hay muchas que han sido muy queridas. Una tiene que ser justa; a Dios lo que es de Dios.

Padre Correa: ¿Cómo le va con las Manrique?

Jovita: Doña Elvia, una señora; don Orlando, todo un señor, muy trabajador, respetuoso y no se mete nada conmigo..., pero la tía Bertha a veces me parece odiosa, mirona, con salidas raras. No le tengo confianza; por eso le echo llave a mi cuarto. Una no sabe; y están esas niñas, en especial la mayorcita, que es una metiche, y muy brincona; la otra es más solapada..., como dando a creer que no mata una mosca. Hasta del perrito me tengo que cuidar, que en vez de orinarse en el

solar, va y alza la pata en el paral de la puerta de mi pieza... Ya varias veces he tenido que espantarlo a chancletasos.

Padre Correa: Pongámonos a hacer la carta ya mismo.

Jovita: Utilice alguna figura literaria, Padre, que hable de mis tiempos; de las coronas que he ganado; de mi amistad con Maria Felix , con Eduardo Santos y con Rojas Pinilla, etc, etc.

Padre Correa: No creo que debamos meternos con política

(El padre escribe)

Jovita: Sí, tiene razón, y además al "Gurropín" le cogieron rabia, por lo de la explosión del siete de agosto, y por pelear con los estudiantes.

Padre Correa: Ya vé, pues. Me había olvidado que le decían así.

(Entra Orfilia con una bandeja en la que tiene dos pocillos de tinto, una azucarera y dos vasos con agua).

Orfilia: Aquí tiene, Padre

Padre Correa: Gracias, Orfilia

Orfilia: El suyo, Jovita

Jovita: Gracias, mi niña.

Orfilia: Con gusto.

Jovita: Muy bien atendidos.

Orfilia: Como se lo merece.

(Sale Orfilia).

Jovita: La verdad es que después de que se entraron a la casa de los Manrique y se robaron el tocadiscos, he quedado muy nerviosa; usted sabe que yo no soy una persona rica, aunque tenga mis amistades...; pero me preocupan mis cosas personales, mis collares y pulseras, mis anillos, mis joyas, mis carteras, los álbumes con mis recuerdos; y Padre, ¡las coronas...!

(Se queda pensativa y trascendental).

Aprovecho para anticiparle algo Padre; si a mi algún día me llegara a pasar algo...

Padre Correa: "Y el día esté lejano"...

Jovita: Desde ya le digo que mis coronas son un legado para la imagen de la Virgen; para cuando la saquen en las procesiones. Entre mis papales tengo una carta, pero me gustaría hacer el testamento.

Padre Correa: Esta bien que piense dejárselas a la virgen, que se vería muy bonita; pero usted no está para ponerse a pensar en testamentos.

Jovita: Una tiene que pensar en todo. Usté sabe que una no tiene la vida comprada. (*Baja la voz y le comenta en tono confidente*). Padre, a veces siento que me siguen; una viviendo en inquilinato no tiene privacidad.

Padre Correa: Todo eso va quedando en la carta...

Jovita: Lo de la Virgen no lo vaya a poner. Tampoco lo que le acabo de decir.

Padre Correa: No; eso no; vea (*Le pasa la carta; Jovita la recibe y la lee*).

Jovita: Hace falta algo.

Padre Correa: ¿Qué?

Jovita: Algo personal entre usted y Mendaz.

Padre Correa: Mendaz, no; Mendoza.

Jovita: Algo que le recuerde que usted fue su profesor; algo que le influya, por que si no, no vamos a ningún Pereira; algo de cuando el era seminarista. Háblele del seminarista de los ojos negros...

Padre Correa: No, Jovita; ¡tampoco!

Jovita: Sí, Sí, Padre.

Padre Correa: ¿Qué?

Jovita: Que usted cree que los sentimientos que él tenía por aquellos días, todavía los conserva, y usted apela a ellos a favor de “mis causas”.

Padre Correa: Eso sí, Jovita; eso sí se lo podemos decir.

Jovita: ¿Cómo ha pasado el tiempo? ¡Ya se me hizo tarde! Ya no alcanzo a ir a Cartago ni a Palmira.

Padre Correa: Es que usted conversa muy sabroso.

(Jovita guarda la carta en la cartera)

Padre Correa: ¿Por qué tiene tanto interés en la Casa del Virrey?

Jovita: A mi me la prometieron...

Padre Correa: ¿Quién?

Jovita: Desde la época de Eduardo Santos. Yo le entregue una petición como la que usted me acaba de hacer, y él muy querido me envió al Ministerio. El encargado de ese Ministerio me la

prometió. También se lo recordé al presidente Carlos Lleras, ahora que anda con estos programas del Inscredial ¿Usted conoce la Casa del Virrey –debería decir, de esta reina?

Padre Correa: Sí; lo que más me gusta es el escudo en piedra, y las fuentes de los patios.

Jovita: A mi el balcón, porque desde allí puedo saludar a mis admiradores.

Padre Correa: ¿Quién la construyó? ¿Alguien de su familia?

Jovita: No padre, mis antepasados son Feijóo; y el que la mandó a construir fue un tal Sebastián de Marisancena.

Padre Correa: Esta Jovita sabe de todo.

Jovita: ¿Y no ve que la gente me trata de ignorante y de loca? ¿No ve que la gente me cree avispada y avivata? ¿No ve que la gente me ofende y me grita? *(Intempestivamente, Jovita se entristece y se pone a llorar).*

Padre, a veces me hundo y siento que yo no soy yo...

Padre Correa: Tranquila (*Sale y le pide otro vaso con agua a Orfilia*).

Jovita: Cuando venía unos muchachos comenzaron a insultarme y me tiraron piedras, huevos y tomates. No soporto esas cosas (*llora*). Yo no sé por qué la gente mala me tiene tanta envidia. Yo no le cuento a usted todo lo que me pasa, pero...

(*Entra orfilia con el vaso con agua*).

Orfilia: ¿Para quién?

Padre Correa: Para Jovita.

Orfilia: (*Al verla compungida*). ¿Qué le pasa?

Padre Correa: Unos muchachos la molestaron, cuando venía.

Orfilia: Son unos canallas. Tranquila Jovita, que usted es más grande. Les da rabia su popularidad y su

reinado. Quédese sentada otro ratico hasta que se le pase; si quiere la acompaño.

Jovita: ¿Qué hora es?

Padre Correa: Van a ser las seis. Ya está el titiribí en el chiminango, y ya pasan de regreso los chamonés a buscar cobijo entre las ramas de los árboles.

Jovita: No, ya me voy (*Se para y sale*).

ACTO TERCERO

PRIMERA ESCENA

VIOLACION DE DOMICILIO

(Damaris abre la habitación. La misma decoración)

Rita: ¡Qué cantidad de paquetes!

Damaris: Huele a pachulí.

(A Marlene se le cae su cadena y no se da cuenta).

Rubí: *(Temerosa)* Más vale devolvámonos.

Marlene: ¡Huy!, qué cantidad de chuspas y periódicos.

Damaris: ¿No les decía? No usa armario, ni tiene cómoda.

(Comienzan a abrir los paquetes, y van a mirarse al espejo; se miran, hacen muecas, guiños, abren la boca, estiran los labios, los contraen; se toman confianza: abren los cajones, buscan cosméticos; se pintan las cejas, se repintan los labios, se pintan pecas, sombras, rubores. Se animan curioseando las cosas de Jovita. Al poco tiempo los arrumes de paquetes están desparramados por el suelo, y numerosas páginas de periódicos que servían de envoltorios, arrugadas por todas partes; igual que las blusas, las faldas, las medias, los vestidos, los chales, los pañolones, gorras, sombreros y pavas regados por el suelo; los cuadros ladeados. Marlene, Flor Aída y Rubí vestidas con prendas de Jovita, se sientan en la cama; Damaris, está en la silla; Rita de pie, invita a Damaris al juego).

Rita: Que pase el Rey que ha de pasar.

(Damaris se levanta; une sus manos en lo alto, a las de Rita, y responde)

Damaris: ...que la hija del Conde ha de quedar *(Marlene se levanta y pasa)*.

Rita: Que pase el Rey que ha de pasar que la hija del Conde, se ha de quedar. *(Flor Aída se levanta y cuando va a pasar, ellas bajan simultáneamente las manos y dicen, al unísono)*.

Rita y Damaris: Que la hija del Conde se ha de quedar.

(Marlene vuelve con intención de pasar, y Rita y Damaris cambian de juego)

Rita: ¿Quién es usted?

Damaris: La vieja Inés.

Rita: ¿Tiene cintas?

Damaris: Sí.

Rita: ¿De qué colores?

Damaris: Muchos todos ¡Vean! *(Toma la ropa y la tira al aire, el vestido rojo, las enaguas anaranjadas, la chaqueta amarilla, la blusa verde, la pañoleta azul, el pañuelo añil, la cinta violeta; los brassieres rosas; los cucos blancos; las medias, las redecillas y los guantes, de todos los colores; el chal negro. Las prendas caen como una lluvia de colores quedando esparcidas como charcos en el suelo, pozos de arco iris. Todas ríen)*

Flor Aída: Yo me pongo los zapatos fucsias de tacón puntilla *(Dice abriendo un paquete)* y esta pañoleta *(También Fucsia. Se desanuda los cordones, se quita los zapatos y las medias y sentada en la cama, levanta la pierna derecha con picardía poniéndose la media de seda sostenida con un ligero; luego la izquierda. Se anuda la pañoleta al cuello y desfila por la habitación, haciendo ademán de fumar).*

Marlene: Ahí va... *(Tira el sombrero, y las plumas se desprenden en el vuelo. Lo recoge y se lo vuelve a poner, al mirarse en el espejo siente que este se rompe, sin caerse. Se asusta).* ¡Huy! ¡qué raro! Este espejo se quebró cuando me acerqué a mirarme, y yo no lo toqué.

Damaris: Por fea.

Marlene: No; de verdad.

Rita: Ahora juguemos a “La sortijita”; yo la entrego.

Todas: Bueno.

Rita: Pónganse todas aquí (*Les indicó, haciéndolas sentar sobre la cama, en orden: primero Damaris, luego Flor Aída, Marlene y Rubí; toma un anillo de la reina y comienza a pasar sus manos cerradas dentro de sus compañeras, repitiendo “Guárdeme esta sortijita, en el baúl de su abuelita... Guárdeme esta sortijita, en el baúl de su abuelita... Guárdeme esta sortija...(La deja caer disimuladamente entre las manos de alguna de ellas) ¿Quién la tiene?*)

Rubí: Flor Aída.

Damaris: La tiene Marlene.

Rita: Marlene. Rubí debe pagar la penitencia.

Rubí: ¿Cuál?

Rita: Arreglar la pieza. Pero mejor cambiemos de juego; este es muy infantil.

(Marlene coge un sombrero, se lo pone; se lo quita, y se lo coloca a Damaris; le cubre la cara a Rubí con un pañuelo de seda. Flor Aída, que se ha puesto un vestido de sevillana, blanco, de bolitas rojas y negras, se mira ante el espejo. Marlene se acerca y la admira).

Flor Aída: Verdad, ese espejo está quebrado

Rubí: Yo no fui.

Marlene: A ver yo te pongo los aretes *(Flor Aída saca una caja de joyas, de uno de los cajoncitos que tiene el tocador. Marlene se los pone)* ¡Ay! ¡No! ¡Tan pispa!

Flor Aída: Ponéme este collar.

Damaris: Falta el perfume. *(Abre un frasco y le echa detrás de las orejas. Todas se han maquillado con mucho rubor, labial rojo y fuertes sombras).*

Flor Aída: ¡Hola, niñas! *(Hace un recorrido por la habitación; va y viene. En una de las esquinas de la pieza, abre un paquete, y*

saca un par de zapatos de tacón alto pero plano, para bailar flamenco. Repite el paseo taconeando y moviendo las caderas, los boleros y pliegues del vestido).

Aplausos.

(Rubí abre un paquete que se encuentra debajo del cuadro del Sagrado Corazón y encuentra un misal, una pañoleta, una patena, y una campanilla. Toca la campanilla).

Rubí: Arrodíllense niñas: llegó la comunión.

Damaris: No hagás tanta bulla que nos van a coger.

Marlene: *(Arrodillándose)*. “..Yo no soy digna de que entres en mi pobre morada, pero una palabra tuya bastará para salvarla”. *(Notando que el cuadro del Sagrado Corazón se ladea)*. Me pareció que temblaba.

Flor Aída: Yo también sentí algo.

Damaris: No ha pasado nada. Ustedes están nerviosas.

Marlene : Yo no, mí'jita; pero ese cuado se movió.

Flor Aída: Sí, se movió.

Rita: ¡Miren lo que encontré! (*Muestra una caja de cartón llena de pedazos de papel periódico, arrugados*).

Todas: ¡Las coronas!...

(*Miran deslumbradas el tesoro*)

Damaris: Dejámelas ver.

Marlene: ¡Huy!, qué chévere. (*A Rita*) Dejáme poner ésta. (*La toma y abandona la caja*). Esta me la pongo yo (*Se le cae al suelo*).

(*En ese momento cae un trueno muy fuerte que las asusta y sobrecoge*)

Flor Aída: Parece que va a llover...

Rita: Un sólo trueno, no es tempestad.

Rubí: ¿Dónde estaban?

Rita: En el nochero.

- Marlene : Esa parece de oro.
- Damaris : Será de cobre , mi'jita...
- Flor Aída: *(Regresando de desfilar)*. ¿Esta es de plata o de lata?
- Damaris: De lata.
- Flor Aída: No, de plata. Está muy bonita *(Se la pone y vuelve a desfilar)*.
- Rita: Tiene coronas hasta de cartón, y coronas de papel.
- Rubí: Serán los modelos para hacerlas, porque ella es muy pinchada.
- Flor Aída: ¡Ay! *(Se cae)*. ¡Ayayayay!...
- Rubí: Que te pasó.
- Flor Aída: Se me dobló el tobillo. ¡Ay! ¡Ayayayay!...
- Rubí: ¿Te duele?

Rita: Debiluchas.

Rubí: ¿Te duele? ¿Podés caminar?

Flor Aída: Esperáte que me pase el dolor.

Rita: La más bonita es la que me pasó Rita.

Rubí: Muchachas, arreglemos la habitación.

(Todas aplauden y silban a Marlene que va y viene haciendo ondular una bufanda verde esmeralda).

Marlene: *“Yo soy Jovita, la reina bonita,
de todo torneo, de feria o reinado;
no hay ninguna chica que me compita,
con las coronas que el pueblo me ha dado”.*

(La aplauden y la silban).

Rubí: *(Esta en el suelo atendiendo a Flor Aída).* No hagan tanta guachafita.

Damaris: ¡Calláte! Nadie te dijo nada cuando tocabas la campanilla.

Rubí: Yo lo hice pasito.

Damaris: Pues sino querés estar aquí, salíte.

Marlene: *(Mirando la corona de Rita)* Me gusta más la tuya;
¿cambiamos?

(Cambian las coronas; se miran en el espejo y continúan desfilando. En el juego Rita tropieza con la bacinilla).

Rita: ¡Fo! Huele a miáus.

Damaris: Gas.

Marlene : *“Yo soy Jovita, la reina bonita,
de todo torneo, de feria o reinado;
no hay ninguna chica que me compita,
con las coronas que el pueblo me ha dado”.*

Flor Aída: *(Desde el suelo, con semblante dolorido).* ¡Fo! ¡qué
cochinada!

(Marlene le da un puntapié y la bacinilla rueda al centro de la habitación).

Rita: Cochina.

Damaris: ¡Qué asco!

Marlene : *(Desfilando)*.

*“Yo soy Jovita, la reina bonita,
de todo torneo, de feria o reinado;
no hay ninguna chica que me compita,
con las coronas que el pueblo me ha dado”.*

Rita: ¡Huy!, la puerta...

Damaris: ¡Estátua! *(Todas se quedan quietas)*.

(Se oye un timbre; luego el ruido metálico de la verja. Las niñas permanecen congeladas)

Rita: ¡Qué estatua, ni que nada! Vámonos que llegó alguien...

Flor Aída: ¡Ay!, mamá; no puedo caminar *(Preocupada)*.
¿Será Jovita? *(No se puede levantar por si misma)*.

Rubí: Vení te ayudo.

Damaris: Ella tiene llave.

Marlene: ¡Tiene llave!

(Vuelven a tocar, impacientemente).

Rubí: Apoyáte en mi, pero salgamos.

Flor Aída: Hermana, nos van a coger.

Rita: Volémonos, que ya entró...

Flor Aída: Rubí, ¿por qué no me llevas a tun tun?

Rubí: No puedo con vos; aprovechemos y vamos saliendo; yo no puedo con vos.

Flor Aída: Vamos, pues; pero dejáme apoyar.

ESCENA SEGUNDA

EL BAÑO Y LA HUIDA

(Damaris sale corriendo seguida de Rita, y se esconden en el baño; enseguida llega Marlene y retrasadas Rubí y Flor Aída).

Marlene: Pendejas se me cayó la cadena en la pieza.

Rita: Andá búscala.

Marlene: Ni loca.

Flor Aída: A mi se me quedó el peine. ¡Brutas! ¿Qué vamos a hacer.

(Se oye abrir la puerta de entrada)

Jovita: (En off) Buenas tardes...

Doña Elvia: Buenas, Jovita.

Rubí: Entreabre la puerta del baño y se asoma.

Damaris: ¿Qué vas a hacer?

Rita: Me voy a la habitación.

Damaris: Allá te cogen.

Rita: Rubí, a usted le toca arreglar la habitación.

Rubí: No me crea tan tonta.

Marlene: Si encontrás la cadenita me la guardás.

Rita: ¿Estás pensando en eso? Ahora, hay que ver cómo salimos de ésta.

(De repente, se escucha un grito)

¡Dooññaaa ELVIAAAA!

(Enseguida una fuerte llamada de doña Elvia, en off:)

¡Damaris! ¡Daamaaris! ¡Daaamnaaariiss!

Rubí: Salí, vé.

Damaris: Mejor, vos.

Marlene: ¿Qué hacemos?

Rita: Ya se los dije tontas, vamonos de aquí; ¿qué estamos esperando, pendejas? Yo me voy. *(Sale corriendo hacia la calle y la siguen en tropel Marlene, Damaris; Flor Aída se apura cojeando, ayudada por Rubí, mientras se escucha la voz de Jovita en off).*

¡Cagonas!

ESCENA TERCERA

PENAS Y DESDICHAS DE LA REINA

(La escena sucede en la entrada de la habitación de Jovita, desde la cual se puede ver todo el desorden de ropa, sombreros, pavas, zapatos, carteras, cosméticos, los carbones del fogoncito, la bacinilla en el centro de la habitación, cuadros ladeados)

Jovita: ¡Doña Elvia!

Doña Elvia: Sí, Jovita.

Jovita: Míre esto. No lo permito. No, no; no lo permito, ¡Doña Elvia! ¡Qué cagonas tiene usted! ¿Qué clase de hijas está criando?

Doña Elvia: Mida lo que dice; entiendo que se disguste, y sé que está mal, pero modere su lenguaje.

Jovita: ¿No ve lo que me hicieron esas muerganas? Y ustedes las dejaron; yo que creía que esta era una casa decente. No aguanto tanta vergajada.

Tía Bertha: *(Llegando)* Respete usted también.

Jovita: *(Alzando la voz).* ¿Es que esos demontres no tienen madre? Viejas estas que no hacen más que criar culo.

- Tía Bertha: No diga vulgaridades; ¡respete! Y no grite que no somos sordas.
- Jovita: Esto no lo puedo tolerar; no lo puedo, no lo puedo tolerar. ¡Qué infamia!
- Doña Elvia: Comprenda que son unas niñas.
- Jovita: Majaderas, alcahuetas. Mañana me voy de este antro; de esta guarida de burlas y de agravios. Esto es una violación de domicilio.
- Tía Bertha: Déje sus groserías.
- Jovita: Seguro usted fue la que les pasó las llaves; mírelas ahí pegadas. ¡Qué inmoralidad!
- Doña Elvia: Váyase si quiere, pero en todo caso guarde compostura.
- Jovita: ¡Infames! Esto es un delito. Les advierto que si algo me falta, les pongo la demanda en la Inspección, donde mi amigo Héctor Fabio Martínez, para que les caiga a ustedes y a su

descendencia todo el peso de la ley, por
desalmadas y por malas gentes.

*(Jovita da un paso adelante, contempla abismada el desorden y cae
desmayada).*

ESCENA CUARTA

VISITA DEL MÉDICO, AMGIOS Y
CURIOSOS

(Despierta asistida por el médico y una enfermera del puesto de salud. A la casa han llegado curiosos, el inspector, el padre Correa, los vecinos. Doña Elvia y la tía Bertha han arreglado la habitación. La cadena de Marlene la recogen y colocan en el joyero de Jovita. Hay un ambiente circuspecto, como de agonía y duelo. Jovita poco a poco vuelve en sí. Una enfermera coloca la almohada contra el respaldo de la cama y la recuesta. La cabeza le da vueltas. Jovita descubre al frente a la tía Bertha...)

Jovita: *Sálganse de mi cuarto (La tía Bertha sale).*

(Ve a doña Elvia...)

Jovita: *Sálgase de mi cuarto, que para eso pago arrendo.*

(Las enfermeras le ponen paños humedecidos con alcohol, y le ofrecen agua. Ve al inspector Héctor Fabio Martínez y se dirige a él).

Jovita: *Quiero formular la denuncia por lo que me han hecho; y también dictar mi testamento, después de que hable con el Padre Correa.*

Inspector: *Luego hablamos de eso; por ahora cuídese.*

Médico: *Le conviene estar más relajada.*

Jovita: ¿Con este tipo de abusos? ¿Así para qué sirve la vida? Mejor morir. La gente no sabe lo bonito que son los modales, el respeto, la consideración, la gratitud; aunque sólo fuera el respeto. ¿Y qué hace toda esta gente aquí?

Médico: Son sus amigos, sus admiradores.

Jovita: (*Alterada*). Mejor que se vayan: los amigos se cuentan con los dedos de una mano; y, éstos no son admiradores sino curiosos y chismosos, que no saben respetar la intimidad.

Médico: Que se salgan por favor; váyanse.

(*Viendo al padre Correa*)

Jovita: Hola, Padre, ¿no le digo? La casita es una necesidad; se lo acababa de decir. Ayúdeme, Padre; hable con los concejales, con su amigo. En un disgusto de estos me muero, y yo no me quiero morir sin tener mi casita. Mañana mismo salgo a buscar otra pieza; pero, Padre, no me abandone. Mañana vuelvo donde Madame Marión, y donde doña María Jesús a hablar con ellas.

Tengo que hablar con don Guillermo. Ya mismo me pongo a empacar mis cosas.

Padre Correa: Cállese.

Jovita: ¿Me va a ayudar?

Padre Correa: Sí, Jovita.

Jovita: Si se vuelve muy difícil lo de la Casa del Virrey, insitamos con Palmira; o aquí en Cali, pero en otro sector... No sé, Padre, la cabeza me da vueltas; me estoy mareando. Tengo miedo; tengo que encontrar una solución. Me estoy metiendo con en un túnel.

Padre Correa: Usted sabe que la apoyo; cuénta conmigo.

Jovita: Y con Marco Tulio, y el joven Bruno, que son de mis mejores "Escudos".

Padre Correa: Por supuesto, con ellos.... Ya la vi; la dejo descansar. Espero que le pase este mal momento.

(Dirigiéndose a una de la enfermeras) Tiene mi teléfono; cualquier cosa me llama *(se dispone a salir)*.

Médico: Yo lo acompaño, Padre. *(Dirigiéndose a Jovita)*. Ahí le dejé una recetita; tómese los medicamentos juiciosa. Páselos con agua aromática. *(Sale con el Padre Correa)*.

Inspector: Cuídese; mañana la espero y hablamos de sus preocupaciones.

Jovita: Esto no se queda así.

Inspector: No, Jovita *(Sale Se le oye decir, en off)*. Buenas noches, Don Orlando).

Don Orlando: *(En off)*. Buenas noches don Héctor Fabio.

(La enfermera le da una pastilla, y le pasa un pocillo con agua de toronjil)

Enfermera: Tómese una pastillita para que descanse.

Jovita: ¿Con que placebo me va a engatusar?

Enfermera: Tómesela que le hace bien, niña.

Jovita: Sí, mi'ja, y que Dios se lo pague.

Enfermera: ¿La arropo?

Jovita: No, déjeme así.

Enfermera: ¿Le apago la luz?

Jovita: Déjela así, que yo la apago.

Enfermera: Buenas noches y si le ocurre cualquier cosa, pide que me llamen; que la rabia no la vaya hacer quedarse callada.

Jovita: ¡No faltaba más!

ESCENA CUARTA

DEPRECACION (Súplica Ferviente)

(Jovita sola en su habitación, sentada al borde de la cama, vestida con un camisón rosado y un pañuelo café anudado a la cabeza presionándole la frente).

Héme de nuevo aquí,
sola como tantas veces,
como parece ser mi destino;
héme de nuevo aquí,
burlada como tantas veces,
como parece ser mi destino.

¡Ay!, más que burlada, agraviada;
más que triste desolada;
más que desolada, abandonada.

(Se levanta tambaleándose)

Héme de nuevo aquí,
arrinconada en esta pieza,
débil y aturdida.

¡Ay! fragilidad de mi cuerpo,
¡ay! levedad de mis sueños,
¡ay! dolor de mi alma.

(Se para ante el espejo, quebrado).

¿Por qué está quebrado?

¡Ay! espejo, eco de mis desilusiones;
no eres tú el que está quebrado;
soy yo misma...

¡ Ay! espejo, ni siquiera
tus fragmentos y pedazos
son mis arrugas,
testigos de mi viaje,
sino que reflejas las astillas
de mis sueños rotos,
de mis ilusiones perdidas.

(Llora)

¡Ay! fragilidad de mi cuerpo,
¡ay! levedad de mis sueños,
¡ay! dolor de mi alma.

¿Por qué me correspondió
esta suerte?.

¿Por qué es así el mundo conmigo?

¿Quién me puso a caminar
sobre estas calles polvorientas
y sucias?

¿Quién motiva mis causas?.

¿Quién provoca mis ansias?

¿Quién escoge mis caminos
y da rumbo a mis pasos ?

¡Ay! Dios mío,
me siento desfallecer;
¡no me abandones!

*(Se desplaza hacia el Sagrado Corazón, coloca bien el cuadrado que estaba
ladeado).*

¿Qué estoy viendo?

¿Qué estoy viviendo?

¿Esta es mi propia existencia
o es vida ajena?

Extraño estas palabras

y siento que soy otra;

que mi yo no encaja

en esta alma humillada.

Siento que me enloquecen.

Nadie me toma en serio.

Invaden mi pieza...

Tengo una sensación muy extraña;
me falta el aire;
creo que voy a dejar de respirar...
Tengo miedo;
creo que debo llamar al médico.
Me hundo.
Iré al puesto de salud.

(Se levanta y se dirige a la puerta. Vacila)

¡Ay!, soy el hazmerreír de la gente;
reina de burlas, de grandes y chicos.
¡Ay!, nadie sabe cuánto sufro.

(De nuevo se sienta en la cama; respira irregularmente. Tiene ansiedad, pánico)

Creo que voy a morir;
siento que estos sollozos
ya van en el viento;
siento que estas lágrimas
ya corren hacia el mar;
que el reflejo de mis ojos
se los traga otra luz
que me enceguece;
que una mancha amarilla

me llama hacia el vacío
y me succiona....

Oigo que se carcajean;
que se burlan de mi;
de esa que me tratan de hacer;
me fingen que soy otra...
Viven en la impostura
¿o me engaño...
y estas no son suplicas,
ni oraciones,
sino desvaríos?

(Se pasa frente al cuadro del Sagrado Corazón).

¡Ay! Dios mío,
dáme al menos la paz,
ya que no tuve fuerza
para las pequeñas cosas
de este mundo.

No puedo con esta rabia,
ni con esta pena.

(Se desplaza frente a la Virgen del Carmen).

Invaden mi cuarto,
invaden mi cuerpo,
invaden mi mente...
Me desconozco a mi misma
¿Qué he hecho para merecer esto?
Ay, ayúdame virgencita.
Ayúdame, bendita de Dios;
serena mi atormentado ser;
ayúdame en este doloroso trance...
No puedo con esta rabia,
ni con esta pena;
malos pensamientos cruzan
mi mente
en explosiones de ira.
Ayúdame a superar
la infamia
que me humilla
y me mata.
¿Soy acaso nada más
que una débil mujer que sueña
el sueño de otra,
a la que se le está entrando
el viento a los huesos?

¿Soy un bagazo de caña molido
por los vanos deseos
y los insultos?

¿De esta búsqueda
vienen mis sufrimientos?

Mejor fuera dejarme ir
al paso de los vientos
¿para qué estas coronas?
¿para quién las guardo?
¿para qué mis torneos,
luchas y trofeos?

Ya no tengo fuerzas:
la rabia y la pena me han agotado.
Vuele mi alma
como volaron mis sueños
y cúmplase mi destino.

(Vuelve al cuadro del Sagrado Corazón)

Señor, perdóname esta ira,
pero no me abandones;
que a tu golondrina

le crezcan alas
que alcen su alma
a las esferas celestiales...

Siento que me desvanezco,
que me fugo de mi,
que salgo y vuelo.
Revuelo en esta habitación
como quien se apresta a partir
para un largo viaje.

(Se sienta con la cabeza hundida entre las piernas. El pelo largo, entrecano, le cubre la cara. Se dobla sobre el suelo, y queda como dormida, desmayada o muerta).

ESCENA QUINTA

EL CORO DE LAS SARDINAS

(Damaris, Rita, Marlene, Flor Aída y Rubí, frente a la puerta del cuarto de Jovita, vestidas de blanco, rosado y beige).

¡Oh! sufrida mujer,
a ti venimos a cantar
y a desagraviar:

Perdónanos nuestra impertinencia,
hermana de nuestra juventud
y de nuestros impulsos.

Hemos hollado
tu pieza,
tu sagrado recinto,
refugio de tu intimidad,
cuartel de tus humildes
dominios,
y por ello te pedimos perdón.

¡Oh! sufrida mujer,
a ti venimos a reconocer
y a exaltar.

Hemos sido advertidas
de tus nobles "causas"

y motivos,
de tus banderas enarboladas
que son los sueños
y los ideales de tantos,
en ti representados.

¡Oh! Señora,
ahora sabemos
cuál es tu reinado,
la verdadera dimensión
de tus hazañas cotidianas,
el regalo diario de tu presencia,
de tu afanes y colores,
andarina de brújula de flores
y corazón silvestre.

¡Oh! sufrida mujer,
perdónanos nuestra impertinencia,
hermana de nuestra juventud
y de nuestro impulsos.

¡Oh! jovial señora,
recibe este desagravio
y perdónanos nuestras ofensas;
que logres conseguir la casita,

y reina en el corazón de la gente
de esta ciudad y de este
hermoso valle,
que te ha coronado,
y sigue fiel, para siempre,
a tu dulce reinado.

Alégrate que lo peor ya pasó;
ahora brillará el sol
y una nueva mañana
alumbrará tu cuarto;
atrás quedarán
los días grises
y la desdicha;
las flores y la gente
proclamarán tu reinado;
las aves gorgearán
en tu honor,
y nosotras uniremos
nuestras voces
al gran coro universal.

Los guaches y los patanes
serán reconvenidos
y sancionados;

los inconscientes,
aleccionados,
y esta tu tierra, sentirá
la armonía en los farallones,
en los cerros y las colinas;
los árboles frutales cargarán,
las cosechas serán abundantes.

Despierta de tu sueño doloroso,
de la errante pesadilla;
ven y regocíjate, que la naturaleza
vuelve a encontrar su cauce.

(Jovita, en off, desde la habitación).

¿Qué nueva burla me hacen
con dulces y encantadoras voces?
¿Y quiénes? ¿De dónde vienen
hasta mi pobre posada?
¿Quiénes vienen a reírse
de esta pobre inquilina
cuya alma ha sido violada?

¿Creen, acaso, que aguantará
por siempre, mi magra

carnadura la carga
de sus chistes crueles?
¿Hasta cuándo creen que resistiré
sus chanzas pesadas que ya doblan
mi esqueleto y andadura?

CORO:

(Piquito)

*“Ven, ven, joven divina,
dueña de mis amores;
ven, ven, flor de las flores,
a darle gusto al amor.*

*Por el hombre que te ama,
Joven divina, ven;
dáme tu piquito,
mira que estamos solitos
y nadie nos puede ver.*

*Ven, corre, corre, ven junto a mi;
dame la mano que te pedí.
Si te preguntan, qué paso;
no se lo niegues, dile que yo...*

*¡Ay! si supieras lo que sufro
cuando te ausentas lejos de mi;
¡ay!, comprendieras que yo te adoro
y te idolatro con frenesí”.*

(Jovita, en off, desde la habitación con tono ansioso y delirante).

¿Quiénes han venido a cantar
tan dulce tema que adoro?
¡Ay! Dios mío...

¿Qué son estos cantos
sino engendros de sirenas
para enloquecerme?

Debo dejar esta casa
que anticipa mi muerte
y se llena de fantasmas;
un mundo dentro otro mundo...

Voces de un mundo
pasan a otro mundo:
ecos, ventisqueros, llamadas,
cantos, coros, lamentos.

El espejo, se quebró;
¡Mala suerte!

La mariposa negra
¡Trajo la oscuridad!

Me veo, abajo,
sobre mi propia cama;
mi alma revolotea
buscando una hendidura
en el techo
para buscar la luz
de mis hermanas; almas,
pequeñas luciérnagas
que han logrado cruzar el umbral...

Mis fuerzas se diluyen
en una mancha amarilla;
me estoy rindiendo,
estoy devolviendo el aire
y la llama.

Coro:

(Piquito)

*“Ven, ven, joven divina,
dueña de mis amores;
ven, ven, flor de las flores,
a darle gusto al amor.*

*Por el hombre que te ama,
Joven divina, ven;
dáme tu piquito,
mira que estamos solitos
y nadie nos puede ver.*

*Ven, corre, corre, ven junto a mi;
dame la mano que te pedí.
Si te preguntan, qué paso;
no se lo niegues, dile que yo...*

*¡Ay! si supieras lo que sufro
cuando te ausentas lejos de mi;
¡ay!, comprendieras que yo te adoro
y te idolatro con frenesí”.*

Rita y Damaris: Jovita, viene Bruno con tus amigos estudiantes.

(Jovita, confusa, en off, desde la habitación. Las niñas se acercan a la puerta tratando de escuchar mejor).

Mis recuerdos traen ecos
de fiestas y reinados;
para todos ya pasados...

Todo no ha sido más
que una comparsa;
una larga e interminable
mascarada,
farsa de carnaval,
un cansado desfile
y, al final, ¡Nada!

Ahora mis lágrimas caen
sobre mis coloridos vestidos
como gotas de agua
sobre una paleta de acuarelas.

(Las niñas se miran entre sí, desconcertadas).

ESCENA SEXTA

ADIOS CORONAS, ADIOS VESTIDOS

(Jovita abre la puerta. Está muy pálida; vestida con una falda blanca, larga; un lazo malva, a la cintura; tiene un sombrero blanco de florecitas blancas, rosas y malvas. Sale. Las niñas se hacen a lado y lado, silenciosas y expectantes).

Jovita: La muerte, no me visita;
 no me asusta;
 vive en mi; y me libera.

Ahora comprendo que apenas
 si fui una ilusión de mi misma;
 sin saber por qué,
 encuentro la calma
 en esta aceptación,
 en esta resignación, en este abandono.

Repito con los mayores
 que apenas si fui una nota
 que se pierde en el silbo del viento;
 una nota, no más, de la eterna canción
 que rueda en los siglos;
 una gota que se confunde en el mar;
 una pequeña luz
 en la noche estrellada;
 como un reflejo imposible
 en el sol incandescente.

Ya siento el vaivén de las mareas;
 el ritmo de la tierra;
 la pausa y la quietud;
 la arena y el musgo;
 la espuma, el relámpago;
 la inquietud y la inmovilidad...

Me estoy llenando de intriga,

de vacío,
de renunciación...
Los vestidos son las velas...,
esta habitación es un velero;
el viento, no la sangre
corre entre mis huesos...

Moriré como golondrina llena de aire...

Adiós, coronas;
adiós, vestidos;
adiós cuartitos
donde estuve de paso;
breves aleros;
adiós patios, ríos, calles
y caminos recorridos;
adiós sueños sentidos;
adiós ansiedades,
adiós miedos y vanidades;
adiós a mis pocas amistades;
adiós tantas promesas mentidas
y paraísos baldíos...

Adiós corazón y cuerpo,
que nunca fueron míos;
sólo los sueños queridos
fueron los horizontes ciertos
de mis extravíos.

(Sale).